

CENTRO DE DOCUMENTACION
Vicaría de la Solidaridad

Documento N°	00162.20
Ingreso	
<input type="checkbox"/>	C.1

ARZOBISPADO DE SANTIAGO
VICARIA DE LA SOLIDARIDAD
Unidad de Comunicaciones
Plaza de Armas 444 - Casilla 30 D
Santiago de Chile

LA SOLIDARIDAD
EN EL
TERCER MUNDO

FORMACION

PROLOGO

Las situaciones de pobreza, de injusticias, de soledad, etc., o sea, toda situación de dolor humano son un camino que utiliza Cristo para suscitar en muchos la solidaridad humana.

Entra en la corriente de la solidaridad toda persona, toda institución, todo organismo, todo país que es consciente de poseer bienes, de cualquier naturaleza que fueren y es consciente de la existencia de personas o de multitudes que por carecer de ellos o por poseerlos en mínima proporción, son un silencioso llamado a compartir con ellos lo que se tiene.

Cristo es el ejemplar de toda solidaridad: "el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza" (2 Cor 8,6).

El se hace cargo de nuestro pecado, de nuestra miseria humana y comparte con nosotros, no algo o mucho de sí mismo, sino la totalidad de su vida: "nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos" (Jn 15,13).

Esta reflexión de los obispos del Tercer Mundo, que presentamos, manifiesta hasta qué punto ha entrado en la vida de la Iglesia y en el mundo de hoy la búsqueda o la vivencia de la solidaridad humana para dar respuesta justa a las grandes desigualdades existentes en daño de los pobres de toda la Tierra.

A mi modo de ver, el fruto de la lectura de este folleto que presentamos debe ser no usar la palabra solidaridad para designar cualquier tipo de servicio a los pobres o a los que sufren carencias, sino sólo cuando en ese servicio hay una actitud que compromete a la persona entera en bien de sus hermanos.

† Enrique Alvear Urrutia
Obispo Auxiliar de Santiago



I. PRESENTACION

La serie "Formación" pretende entregar la tradición histórica de la solidaridad como el camino del pueblo de Dios por su liberación. Desde los orígenes del pueblo en la historia de Israel, su renovación y universalización en la historia de la Iglesia, hasta la peculiar historia del pueblo en la creación de la solidaridad en Chile. Esa será nuestra tarea.

En este segundo número de la serie presentamos un documento de la Iglesia Católica contemporánea. Se trata del Sínodo Mundial de Obispos celebrado en Roma del 27 de septiembre al 26 de octubre de 1974. Lo que ofrecemos a la lectura es una sistematización del tema de la solidaridad tal como fue tratado por los padres sinodales.

Concretamente, el mayor desarrollo del tema estuvo a cargo, de una manera indiscutible, del episcopado del Tercer Mundo. Es él, en su versión americana, africana y asiática, el que ha incorporado el valor de la solidaridad como expresión de la riqueza del Evangelio en nuestra época.

Intentando una definición de la solidaridad tal como fue entendida por el episcopado del Tercer Mundo, podemos decir que consiste en un camino trazado por Dios al hombre como fundamento y renovación de la historia. A través de él, el hombre aprende a ser hermano del hombre.

El fundamento radical y definitivo de este camino y aprendizaje es Cristo: el Dios que se hace pobre para que en los pobres y con ellos construyamos en la historia la relación solidaria de los hombres como hermanos.

Hoy la historia se renueva en este aprendizaje que ya es camino de todas las naciones de la Tierra. Allí cobra todo su valor la lucha de los pueblos pobres del Tercer Mundo. Son ellos los que tienen la más alta responsabilidad en la creación de la hermandad de todos los hombres.

En lo fundamental hemos querido limitarnos lo más posible a las exposiciones concretas de los obispos. Estimamos como uno de los valores más insoslayables del Sínodo Episcopal de 1974 la unidad del Tercer Mundo, a través de las más variadas regiones y situaciones, en la lucha por la justicia y la paz en la solidaridad. Es dicha voz la que debemos saber interpretar.

Esperamos que la reflexión contemporánea sobre la solidaridad, tema que, ya decimos, la Iglesia del Tercer Mundo ha hecho suyo, ayude a la comprensión de las exactas dimensiones de una lucha que es ciertamente la de Chile.

El texto del Sínodo ha sido tomado de las actas de las congregaciones generales, publicadas en *L'osservatore Romano*, números 40 al 46, correspondientes al año 1974. También se ha consultado el texto "Il Sinodo dei Vescovi 1974" del autor Giovanni Caprile. Agradecemos a la Nunciatura Apostólica, el acceso a ambas publicaciones.

II. SOLIDARIDAD E HISTORIA

Comenzaremos por ver cómo el episcopado del Tercer Mundo comprende la solidaridad como un valor significativo en el hombre contemporáneo para la creación de la historia y cómo precisamente puede ser desarrollado y enriquecido por el Tercer Mundo.

1. LA SOLIDARIDAD COMO SENTIDO Y ANHELO DEL HOMBRE CONTEMPORANEO Y SIGNO DEL NACIMIENTO DE UNA NUEVA HUMANIDAD.

Una de las primeras afirmaciones que hace el episcopado del Tercer Mundo es la comprobación de la solidaridad como un sentimiento que embarga los anhelos del hombre contemporáneo. Todos los hombres y todos los pueblos aspiran al amor solidario.

*la paz y la
solidaridad,
anhelo de los
pueblos.*

Es en estos términos como caracterizan obispos latinoamericanos y asiáticos el proceso histórico que hoy vive la humanidad. Obispos de México y Filipinas, ante el compromiso de llevar, en nuestro tiempo, el Evangelio real y efectivamente a todos los pueblos de la Tierra, expresan que es necesario tener en cuenta el hecho de que todos los hombres desean ardientemente la paz y la solidaridad.

Si la solidaridad es un anhelo popular lo es, ciertamente, porque es una real necesidad de la convivencia humana y, en particular, del hombre del Tercer Mundo.

A esto se refieren especialmente los obispos africanos. Obispos de Sudán y República Centroafricana son categóricos en plantear que la solidari-

dad, la caridad y la comunicación solidaria, son la necesidad y la esperanza de los pueblos africanos.

Una afirmación del vicario capitular de Nigeria en el sentido de la necesidad de acoger y apreciar el espíritu solidario presente en el pueblo nigeriano fue recogida por el Papa Pablo VI. Refiriéndose a la marcha del Sínodo, en su alocución dominical del 13 de octubre de 1974, hizo notar que el tema sinodal debía acoger los valores del propio "pueblo que está dotado de un sentido de solidaridad".

O sea, la Iglesia debe salir al encuentro de la realidad y la esperanza de la solidaridad tal como es vivida y anhelada por el hombre contemporáneo.

Hemos visto cómo obispos asiáticos, africanos y latinoamericanos son muy sensibles para apreciar en la solidaridad una necesidad y un anhelo popular. Pero no basta dar cuenta de esto. Es más, en la búsqueda de la paz y la solidaridad hay que saber comprender, como dijo el arzobispo de Delhi, en India, el anuncio del nacimiento de una nueva humanidad.

*el anuncio de
una nueva
humanidad.*

Es a un nuevo tipo de hombre y de relaciones entre los hombres a lo que nos encamina el anhelo solidario de los pueblos. Veamos a continuación cómo desarrollan los padres sinodales del Tercer Mundo esta transformación de la historia por la solidaridad.

2. LA SOLIDARIDAD COMO FUNDAMENTO DE LA TRANSFORMACION SOCIAL Y POLITICA DE LA HISTORIA.

La solidaridad pone los cimientos de la acción histórica del hombre. Desde su profunda fuerza la sociedad se transforma en la justicia. Es a

partir del profundo sentimiento de la solidaridad que nos hace hermanos desde donde nace la creación social y política del hombre.

Este tema fue desarrollado especialmente por obispos asiáticos y latinoamericanos. Los arzobispos de Filipinas y República Dominicana son rotundos para expresar este movimiento. En la solidaridad se transforma la historia. Desde el compromiso por la fraternidad surgen las realizaciones socio políticas fundadas en la justicia.

*punto de
partida de la
acción histórica.*

La solidaridad exige la constante renovación de lo histórico-político. Por ejemplo, Paulo Arns, arzobispo de Brasil, sostiene que las exigencias políticas de la caridad y de la solidaridad reclaman la creación de nuevos modelos de vida social. Es la solidaridad la que hace que el amor se convierta en creador de realizaciones concretas en la sociedad humana, agrega el arzobispo brasileño.

3. LA SOLIDARIDAD COMO VALOR Y APORTE DEL TERCER MUNDO.

En especial es el episcopado africano el que afirma que la solidaridad puede llegar a constituirse en un aporte especial y significativo del Tercer Mundo.

Este anhelo popular y signo de la transformación de la historia ha de ser manifestado ante todo el mundo por los pobres de toda la Tierra: los pueblos de Asia, Africa y América Latina.

Arzobispos y obispos de Lesotho (sur de Africa) y Tanzania nos dicen que la solidaridad, junto con ser un aspecto esencial de la fe de la Iglesia,

es una de las manifestaciones más importantes del pueblo africano. Dice el primero de ellos que en este campo piensan los africanos que tienen algo que ofrecer como aporte efectivo y positivo a la Iglesia Universal.

*solidaridad,
fuerza del
tercer mundo.*

La fuerza de la solidaridad es ante todo sentida y vivida por los pobres. Ellos son los que pueden creer que la solidaridad transforma la historia. De ahí el valor que le atribuye la Iglesia del Tercer Mundo. Por ejemplo, Occidente ya no cree en la solidaridad. Su última historia desmiente su fe en ella. Esto lo dice un arzobispo de Gabón, en Africa. "La solidaridad colectiva es un bien que Occidente ha perdido. Esta ha de hallarse en los valores del Tercer Mundo"

III. SOLIDARIDAD E IGLESIA

Ahora que ya hemos esbozado la solidaridad en su apreciación histórica general (anhelo y sentimiento de todos los hombres y pueblos; anuncio de una nueva humanidad; fundamento de la transformación histórica y aporte significativo del Tercer Mundo) desarrollaremos la interpretación que hacen los padres sinodales de la solidaridad en relación a la tradición del pueblo de Dios.

1. LA SOLIDARIDAD EN EL PLAN DE DIOS Y EN LA TRADICION DE SU PUEBLO.

La solidaridad es el camino de la liberación trazado por Dios a su pueblo. De ahí su importancia y la insistencia con que es tratado en la historia del pueblo de Dios.

“La lucha por la justicia, la paz y la solidaridad es un trinomio que lo encontramos repetidas veces en la revelación divina, desde el primero al último versículo, desde el Génesis hasta el Apocalipsis”, dijo el arzobispo de Sao Paulo, en Brasil.

Y no sólo allí. Es toda la tradición del pueblo de Dios la que proclama el fundamento ético de la solidaridad. Es lo que dice el arzobispo de Argel en Argelia: el Nuevo Testamento, los Padres de la Iglesia, toda la tradición, insisten sobre la regla de oro del amor fraterno.

*solidaridad,
camino de
liberación.*

La solidaridad es como una clave que recorre la historia de la salvación anunciando el camino y la manera de la liberación del hombre. La lucha

solidaria es la perspectiva para entender la historia, por lo tanto. Como plantea el obispo de Perú, Germán Schmitz, el compromiso en la solidaridad con los pobres y oprimidos es parte integral del plan liberador de Dios. Desde la solidaridad podemos entender qué es lo que tenemos que emprender y qué es lo que tenemos que soportar.

La causa y la perspectiva de la solidaridad con los pobres son el sentido cristiano de la historia.

2. LA SOLIDARIDAD COMO LA NOVEDAD DEL EVANGELIO Y EL LUGAR DE RENOVACION DEL CRISTIANISMO.

Decimos junto al episcopado del Tercer Mundo que la solidaridad es camino de liberación trazado por Dios a su pueblo.

La única manera a través de la cual el hombre atraviesa la historia en dirección al Padre. En este sentido, en la solidaridad está la novedad y la originalidad del plan liberador de Dios.

El ya citado arzobispo de Brasil, Paulo Arns, ve en la solidaridad, junto con la paz y la justicia, la novedad que constantemente rectifica y enseña a vivir la historia. Una novedad que llega, indudablemente, a la historia del hombre contemporáneo.

“Una lucha continua y no ambigua, personal y comunitaria, en favor de la justicia, la paz y la solidaridad será la novedad dinámica del Evangelio y por tanto de la Iglesia”.

En su dimensión más rotundamente evangélica, la solidaridad se relaciona con la fraternidad universal. La novedad de la solidaridad cristiana es la igualdad fundamental de todos los hombres expresada en el amor

*solidaridad
aprendizaje
renovado de la
historia.*

solidario universal. Esta idea fue desarrollada en el Sínodo por el arzobispo africano de Senegal-Mauritania.

Si esta es la novedad evangélica por excelencia, agrega el arzobispo de Yucatán, en México, el cristianismo ha de renovarse en la práctica solidaria de la justicia y la caridad. En esta acción se vivifica su espíritu.

3. LA SOLIDARIDAD COMO FUENTE DE VIDA PARA LA IGLESIA.

La solidaridad, núcleo ético original y vivificante del cristianismo, impregna la vida misma de la Iglesia y el modo como ella se comprende a sí misma.

Hay que repensar la Iglesia desde la solidaridad. El arzobispo de República Dominicana, Octavio Beras, llama la atención sobre el surgimiento de una nueva eclesiología que, desde la radical condición de hijos de Dios, haga sentir hondamente la confraternidad humana en vistas a una acción solidaria en la historia.

*solidaridad,
misión de
Cristo y la
Iglesia.*

El modelo fundamental de la solidaridad es Cristo, el Hijo de Dios, que por solidarizar con el hombre se hizo nuestro hermano. La Iglesia, siguiendo el modelo de Cristo, se solidariza con todos los hombres por amor. Esta forma de ver la misión de Cristo y la Iglesia como un continuo proceso de solidaridad la planteó el obispo de México, Manuel Samaniego.

Para un padre africano, el arzobispo de Africa Meridional, la vida interior del cristiano, o su vida espiritual, debe traducirse necesariamente en la solidaridad expresada en la defensa de la causa de los pobres.

Esto reafirma que la vida interior no es privada y cerrada en sí misma sino nada más que una vida en el Espíritu que es vida en la solidaridad.

La misma predicación de la Iglesia no puede ser abstracta ni descarnada sino que debe ir acompañada por una acción solidaria. Esto aparece claro, dice por ejemplo el arzobispo Rosales, de Filipinas, en la labor de los misioneros en América del siglo XVI. Ellos demostraron la veracidad de la palabra evangélica siendo solidarios con la causa del indio oprimido.

Lo que quiere decir, en fin, el episcopado del Tercer Mundo, es que nada en la vida de la Iglesia debe ser ajeno a la solidaridad. Desde la comprensión de la misión de Cristo hasta la oración y la predicación deben vivir de su espíritu.

4. LA SOLIDARIDAD COMO PRINCIPAL EXPRESION DE LA PRESENCIA DE LA IGLESIA EN LA HISTORIA.

Si bien la solidaridad impregna la vida misma, la vida propia de la Iglesia, también, y por eso mismo, en su relación con el mundo, la solidaridad es la dimensión eminente por la cual la Iglesia se expresa en la historia, ante la faz de los hombres y los pueblos.

a. La Iglesia evangélica con y en la Solidaridad.

El tema central del Sínodo Episcopal de 1974 fue la evangelización en el mundo contemporáneo. Pero no tardó en surgir la relación entre evangelización y solidaridad.

Especialmente obispos asiáticos y latinoamericanos plantearon que el evangelizar sólo podía hacerse en y con la acción solidaria.

Para los arzobispos de Cuzco y Sao Paulo, Ricardo Durand y Paulo Arns, de Perú y Brasil respectivamente, todas las dificultades de la evangelización se resuelven en la práctica solidaria de la fraternidad.

*evangelizar:
aprender a
vivir como
hermanos.*

Dice el arzobispo peruano: "el cristianismo nos da la filiación divina: nos hace hijos de Dios y nos lleva a ser hermanos con Cristo, con todos los hombres. Si esta verdad la hacemos sangre de nuestra vida superaremos todas las dificultades de la evangelización. Se trata de vivir la vida divina de hijos de Dios Padre, hermanos todos en Cristo. Todos los obispos de Perú se preguntan cómo encontrar la pedagogía de la fe que nos empuje a vivir como hermanos, como hijos del Padre. Responder a estas preguntas es resolver los problemas de la pastoral evangelizadora".

¿Y cuál es esa evangelización solidaria? Es lo que responde, por ejemplo, el vicario apostólico de Laos: el testimonio de la caridad y la ayuda fraterna al servicio de los prófugos y los pobres.

b. En la Solidaridad la Iglesia se hace fecunda y digna de confianza.

El episcopado del Tercer Mundo se une para afirmar que la Iglesia se hace digna de confianza, entre los hombres y los pobres especialmente, a través de la solidaridad.

La estimación que tenga la Iglesia, su credibilidad, su fecundidad dependen del testimonio solidario que ella realice entre los pobres y los

oprimidos. Esta idea fue desarrollada por obispos nigerianos, chilenos y antillanos. (Jatau de Nigeria, Contreras de Chile y Carter de Jamaica).

El obispo Kabangu, de Zaire, especificó más la idea expresando que una solidaridad real que merezca la confianza del hombre implica la superación de formas paternalistas y degradadas de asistencialismo que humillan a quien beneficia: la solidaridad se da en una relación de hermanos; no de amos y siervos.

La declaración final del Sínodo recoge este sentir del Tercer Mundo cuando afirma que el pueblo de Dios ha de dar testimonio eficaz de la fraternidad, solidarizándose con los problemas y angustias de los hombres. Así se hará testigo más creíble del anuncio de Cristo, el Hijo de Dios.

Contra el sectarismo y el paternalismo, la Iglesia del Tercer Mundo está por una Iglesia solidaria, abierta a todos los hombres y a todos los hombres como hermanos.

c. En la Solidaridad, la Iglesia se encuentra con todos los hombres.

Este punto está muy ligado al anterior. El diálogo y el encuentro con todos los hombres, más allá de las diferencias ideológicas y religiosas, se logran en la tarea común de la solidaridad.

¿Cómo superar las barreras que dividen a los hombres? Si el pecado separa entre sí a los hombres por la dominación y la servidumbre, el amor une a los hombres por la tarea de la solidaridad.

*necesidad de la
Iglesia entre
los pobres.*

*una tarea que
une sin
distinciones
de ideología
o religión.*

Esto lo expresan los obispos del Tercer Mundo en particular relación a los problemas del diálogo con otras confesiones religiosas.

Obispos asiáticos y africanos plantean, por ejemplo, el diálogo con el Islam a través de la común defensa de la fraternidad del hombre (el patriarca de Antioquía, de Siria, y el obispo Sangu, de Tanzania).

Asimismo, el diálogo con el budismo se realiza generalmente con motivo de la obra de la paz y la justicia en sus formas solidarias. A este respecto las intervenciones de los obispos indoneses y tailandeses.

Quedémonos con la idea central expresada por el obispo Mwoleka, de Tanzania: "el espíritu de solidaridad abre la comunidad cristiana efectiva y realmente a todos los hombres".

d. La Solidaridad es signo del Reino de Dios y presencia de su Espíritu y en su Nombre se realiza la denuncia profética.

*solidaridad:
buena nueva
de los
oprimidos.*

La solidaridad es la buena nueva de los oprimidos. De esta manera, dice estrecha relación con la llegada del Reino de Dios a la historia.

La solidaridad con los pobres y los oprimidos es la mayor exigencia y el signo más concreto del Reino de Dios. Podemos decir que la solidaridad es la forma de comportarse del hombre ante la irrupción del Reino en nuestra tierra.

Son los abandonados, los cesantes, los encarcelados, los privilegiados en este último tiempo de la historia. La solidaridad con ellos es la tarea fundamental, ya que el Reino está con nosotros. A este respecto pueden verse las intervenciones de los obispos brasileños y paraguayos.

Por otra parte, la llegada del Reino de Dios entre nosotros significa la presencia reconfortante y vivificadora del Espíritu Santo. Para los padres del Tercer Mundo, en particular la intervención del arzobispo de Argel, en Africa, esta presencia del Espíritu es la fuerza de la solidaridad y del amor.

*el Espíritu:
fuerza de la
solidaridad
y del amor.*

La relación de hermanos es el signo de la presencia del Espíritu Santo, pues El es la solidaridad difundida en los corazones. El Espíritu, autor de extraordinarias experiencias entre los hombres, basa su dinamismo en la fraternidad fundamental que engendra:

Las irrupciones del Reino y del Espíritu de Dios en la historia conducen a su máxima expresión al dinamismo profético.

Es el Espíritu de los profetas que estuvo sobre Cristo el que conduce a la Iglesia en este último tiempo de la historia. Los obispos del Tercer Mundo, conscientes del papel profético de la Iglesia, nos muestran la relación de solidaridad y profecía.

La afirmación de la solidaridad implica la denuncia profética de sus obstáculos. Esto es muy importante para los obispos africanos.

Dos de ellos, uno de Nigeria y otro de Addis Abeba, en Etiopía, explican lo que es la profecía: la condena valiente y libre de la injusticia. No callar frente a las injusticias con todos los riesgos que ello implica.

*solidaridad
profética:
condenación
de la
injusticia.*

Si afirmativamente la solidaridad busca la justicia del Reino para la liberación del hombre; negativamente debe profetizar contra toda injusticia del mundo opresor del hombre.

No sólo desde el corazón del Tercer Mundo se eleva la voz solidaria y profética de la Iglesia. También de particulares regiones de Europa: España y Portugal.

El arzobispo de Madrid y el patriarca de Lisboa se unen para decir: la profecía exige rechazar y denunciar cuanto hay en los sistemas (políticos, económicos) que realmente esclaviza y oprime al hombre.

5. LA OPCION FUNDAMENTAL POR LOS POBRES. SOLIDARIDAD Y LIBERACION.

Algo ya hemos dicho en el sentido de que la solidaridad dice relación a la defensa de la causa de los pobres.

Ciertamente. La solidaridad siempre será buena nueva para los pobres, liberación de los oprimidos por el pecado.

Ya lo hacía ver el Papa Pablo VI en su discurso inaugural del Sínodo: la solidaridad evangélica del capítulo 25 de San Mateo es una lucha por la liberación.

Aquí el clamor de la Iglesia del Tercer Mundo es grandioso y unánime. Las voces llegan de todas partes. De los tres continentes: América Latina, Africa y Asia.

Paulo Arns, arzobispo de Brasil; nos dice que la liberación cristiana es una lucha contra todo lo que atenta a la solidaria comunidad de

hermanos. O sea, liberación del hambre, de la opresión, de la tortura, de la tiranía, de la esclavitud, etc.

*los atentados
contra la
solidaridad.*

En el mismo sentido agregan los padres asiáticos. Por ejemplo, el obispo de Bangladesh y el arzobispo de Calcuta en India: una Iglesia solidaria lucha por la liberación de la miseria, de la explotación, de la enfermedad, de la ignorancia popular.

Por último, se suman los obispos africanos. Especialmente de Tanzania, Mozambique y Etiopía: la liberación es la lucha solidaria contra la violencia, la guerra, la exaltación nacionalista, etc.

De todas las regiones del Tercer Mundo, la Iglesia plantea la liberación concreta del hombre. A veces, la fuerza expresiva llega de otros países. Escuchemos a Antonio Varthalitis, arzobispo de Grecia.

“La Iglesia debe mostrar su verdadero rostro poniéndose al servicio de los oprimidos. Esta tarea tendrá que llevar a condenar a los opresores, los crímenes y las torturas”.

Nos parece que se hace necesario subrayar particularmente un aspecto esencial de la solidaridad. Si la entendemos como proceso de liberación ella tiene un norte muy específico: los pobres y los oprimidos.

A este respecto se alzó una vez más la voz de los obispos latinoamericanos, asiáticos y africanos (intervenciones de Pakistán, Chile, Ecuador y Ruanda).

*el norte de la
solidaridad:
los pobres y
los oprimidos.*

“La Iglesia debe estar de parte de los pobres y los oprimidos en la proclamación clara de la justicia y en la condenación de las opresiones y abusos, orientando con talante cristiano la acción en favor de la liberación” (Arzobispo de Karachi en Pakistán).

Cada vez fue quedando más claro que es en los pobres y con los pobres donde se realiza la solidaridad que es propia de los hijos de Dios.

A tal punto que un obispo canadiense dijo estas palabras:

“La solidaridad de aquellos que no poseen otra cosa que la común dignidad humana es el terreno fértil y privilegiado donde se expresa y realiza la fraternidad de los hijos de Dios”.

*solidaridad de
los hijos de
Dios:
lucha contra
la opresión.*

Esta conciencia del pobre como lugar privilegiado de la solidaridad y la liberación ha sido tratado en forma muy interesante por los obispos de la Iglesia Latinoamericana, especialmente argentinos, colombianos y brasileños.

Se trata de un concepto histórico-concreto del pobre. Para Helder Camara los pobres hoy son las víctimas de la opresión de las empresas multinacionales y los complejos económico-político-militares que oprimen al Tercer Mundo.

Asimismo para el obispo López Trujillo, de Bogotá, los pobres hoy son los pueblos del Tercer Mundo. De ahí que ellos son el lugar para hacer consciente la relación solidaria de todos los hombres como hermanos.

En América Latina, dice Eduardo Pironio de Argentina, la Iglesia siempre ha tenido que proponer la buena nueva de la fraternidad en la defensa de los oprimidos. Como los pobres del Tercer Mundo, América Latina debe escuchar el imperativo evangélico: "Levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra liberación" (Lucas 21,28).

*el tercer mundo
y la conciencia
solidaria.*

La Iglesia latinoamericana y, en especial, el episcopado peruano, insistió en el Sínodo en la importancia de hablar de liberación entendida como el proceso que crea la solidaridad.

*la liberación
crea la
solidaridad.*

Los arzobispos de Lima y Cuzco fueron categóricos en defender el término "liberación" referido a la dinámica que nos hace hijo de Dios y hermanos de los hombres, consagrados incondicionalmente, sin egoísmos, al servicio amoroso de la solidaridad.

Fue tal la influencia del episcopado del Tercer Mundo en este sentido (relación solidaridad-liberación) que la Declaración Final del Sínodo está impregnada de su espíritu.

6. LA CREACION DEL HOMBRE NUEVO. DOMINACION O SOLIDARIDAD.

Aquí nos encontramos con la opción fundamental del hombre. O sea, aquí se decide la creación del hombre nuevo.

El episcopado del Tercer Mundo exige ahora un nivel radical. Se trata de presentar un juicio ético que sitúa la solidaridad como la opción

constante y renovada por la creación del hombre nuevo en la fuerza del amor.

En contraposición se ubica el hombre viejo, prototipo del pecado, la servidumbre, la muerte y la dominación. Éticamente, es el modelo de los amos y los esclavos. Los que no viven la libertad de la solidaridad.

*o se es injusto
o solidario.*

Una vez más, son los obispos de América Latina los que elevan su voz. Colombianos, argentinos y brasileños. El pecado, situación del hombre viejo, es la vida de la fraternidad rota, la negación de las relaciones solidarias entre los hombres. O se es injusto o solidario: decisión radical.

Por otra parte, el hombre nuevo es el hombre fraterno donde no existen judíos ni gentiles, amos ni esclavos, sino que Cristo es todo y en todos.

Esta tipología básica desarrollada por López Trujillo y Pironio, de Colombia y Argentina, respectivamente, el brasileño Moreira Neves la aplicó a la situación histórica contemporánea en los términos de las relaciones internacionales.

¿Qué significa esto? Plantearse la gran decisión ética de la humanidad de hoy: dominación o solidaridad.

El gran desafío de los pueblos del mundo radica en que puedan reconocerse corresponsables de la historia a través de la solidaridad internacional.

Ahí está el fundamento radical de la historia universal ante el segundo milenio que se avecina. O los pueblos se solidarizan en la justicia y la paz o se enfrentan en la injusticia y la muerte.

*solidaridad
entre los
pueblos.*

O ética de la dominación o ética de la solidaridad.

La Iglesia del Tercer Mundo cree en la fuerza de esta última. Sus esperanzas allí están puestas, pues, como dice Avelar Brandao Vilela, arzobispo de Brasil, "todavía no se han extraído del amor todas sus potencialidades, todas sus energías transformadoras".

IV. SOLIDARIDAD Y DERECHOS HUMANOS

1. EL TERCER MUNDO DEFIENDE LOS DERECHOS HUMANOS.

El Mensaje Final del Sínodo, a todos los pueblos del mundo, que presentamos a continuación, es un profundo y solidario llamado a la defensa del hombre y sus derechos.

Esta defensa de los derechos humanos fue una constante preocupación del episcopado del Tercer Mundo durante el Sínodo. Obispos brasileños, salvadoreños, coreanos, etíopes, de los tres continentes, en fin, son una sola voz en defensa de los derechos del hombre.

*lo básico:
la defensa
del hombre.*

En la defensa de la solidaridad es de particular importancia la denuncia de las violaciones de los derechos humanos. Más que sus propios derechos, la Iglesia debe defender, hoy, los derechos del hombre.

Es la voz profética del arzobispo griego, Antoniò Varthalitis: "La Iglesia no puede limitarse a hablar de justicia y libertad. La defensa del hombre y sus derechos conlleva la condenación de los opresores, los crímenes y las torturas".

2. MENSAJE FINAL A TODOS LOS PUEBLOS

A continuación presentamos el magnífico mensaje sobre los derechos humanos que dirigió el Sínodo a todos los pueblos.

El Papa Pablo VI, comentándolo en su alocución dominical del 27 de octubre de 1974, hace la siguiente presentación:

“...pero ha habido un mensaje que ha surgido como explosivamente de la plenitud de la meditación sinodal... se trata de la llamada a los derechos humanos... aprobada unánimemente por los padres sinodales.

*pablo vi.
un evangelio
solidario.*

“Espléndido. Una vez más se ve que la afirmación de los derechos de Dios engendra la de los derechos humanos. Así es la religión del Evangelio: la caridad para con Dios es la raíz de la caridad para con el prójimo. Y todo el mundo es prójimo... cuando se habla tanto de liberación y de promoción de la humanidad hacia los fatigosos niveles de la justicia, la igualdad, la fraternidad y la solidaridad”

I. EL EVANGELIO, MOTIVO DE DEFENSA Y PROMOCION DE LOS DERECHOS HUMANOS.

Dos aniversarios de especial significación para la Iglesia y el mundo han tenido lugar desde el Sínodo de 1971: el X Aniversario de la Encíclica del Papa Juan, *Pacem in Terris* (1963), y el XXV Aniversario de la Declaración de los Derechos Humanos hecha por las Naciones Unidas (1948). Ambos documentos nos recuerdan que la dignidad humana exige la defensa y promoción de los Derechos Humanos.

Estamos reunidos en un Sínodo cuyo tema es la evangelización, la proclamación de la Buena Nueva de Jesús. Si es cierto que las verdades acerca de la dignidad y los derechos humanos son patrimonio común de todos los hombres, nosotros encontramos en el Evangelio su expresión más plena y el motivo más fuerte para comprometernos en su defensa y promoción. La relación entre este compromiso y el ministerio de la Iglesia se ha manifestado en este Sínodo, a través de nuestro intercambio

de experiencias pastorales, que reflejan el carácter supranacional de la Iglesia, su penetración en la misma conciencia de los pueblos y su participación en los sufrimientos de los mismos cuando sus derechos son negados o violados.

Reflexionando sobre estas experiencias a la luz del Evangelio, dirigimos este mensaje acerca de los Derechos Humanos y la Reconciliación a la Iglesia y al mundo entero, especialmente a todos los que ocupan puestos de responsabilidad. Queremos alzar nuestra voz en nombre de las víctimas de la injusticia, que no tienen voz.

La dignidad humana hunde sus raíces en la imagen de Dios que se refleja en cada uno de nosotros. Esto es lo que hace a todas las personas esencialmente iguales. El desarrollo integral de la persona manifiesta más claramente la imagen divina en ellas. En nuestro tiempo, la Iglesia ha adquirido una conciencia más profunda de esta verdad; de ahí que crea firmemente que la promoción de los derechos humanos es una exigencia del Evangelio y debe ocupar un lugar central en su ministerio.

La Iglesia desea convertirse más plenamente al Señor y realizar su ministerio, manifestando respeto y atención a los derechos humanos en su propia vida. Hay en la Iglesia una conciencia renovada del papel de la justicia en su ministerio. El progreso ya realizado nos anima a proseguir los esfuerzos para conformarnos más plenamente a la voluntad del Señor.

Por su propia experiencia, la Iglesia sabe que su ministerio al promover los derechos humanos requiere un continuo examen y purificación de su propia vida, sus leyes, sus instituciones y sus programas. El Sínodo de

1971 declaró que "cualquiera que se dispone a hablar al público acerca de la justicia debe primero ser justo a sus ojos". La conciencia de nuestras limitaciones, carencias y fallas en la justicia nos ayuda a comprender mejor las de otras instituciones e individuos. En la Iglesia, como en otras instituciones y grupos, se requiere purificación de las prácticas y procedimientos internos y de las relaciones con estructuras sociales y sistemas cuyas violaciones de los derechos humanos merecen censura.

Ninguna nación está hoy sin culpa cuando se trata de derechos humanos. No es función del Sínodo mencionar violaciones concretas: ello se hace mejor a nivel local. Al mismo tiempo, deseamos animar, con nuestras palabras y acciones, a los que trabajan por los derechos humanos, reclamar de los que están constituidos en autoridad que promuevan esos derechos y dar esperanza a los que sufren su violación. Señalamos aquí ciertos derechos hoy día amenazados:

1. El Derecho a la Vida.

Este derecho es básico e inalienable. Es gravemente violado en nuestros días por el aborto y la eutanasia, por la extensión de la tortura, por hechos de violencia contra víctimas inocentes y por el flagelo de la guerra. La carrera de armamentos es una locura que pesa sobre el mundo y crea las condiciones para una destrucción todavía más masiva de la vida.

2. El Derecho a la Alimentación.

Este derecho está directamente vinculado con el derecho a la vida. Millones de hombres están amenazados por el hambre. Las naciones y

pueblos de la tierra deben realizar un acto de solidaridad conjunto en la próxima conferencia de las Naciones Unidas para la Alimentación. Pedimos a los gobiernos que realicen una conversión en su actitud hacia la víctimas del hambre, que respondan a los imperativos de la justicia y la reconciliación y que encuentren rápidamente los medios para ayudar a los que carecen de alimentos.

3. El Derecho a la Justicia.

La reconciliación tiene su raíz en la justicia. Desigualdades masivas de poder y riquezas en el mundo, y a menudo en las naciones, son un grave obstáculo para la reconciliación. La concentración de poder económico en manos de unas pocas naciones y grupos multinacionales, el desequilibrio estructural en las relaciones comerciales y en los precios de los recursos, el fracaso en la combinación adecuada del crecimiento económico con la distribución justa nacional e internacionalmente, el desempleo extendido y las prácticas discriminatorias de empleo, así como los sistemas de consunción global de los recursos, todo esto exige ser reformado si la reconciliación ha de ser posible.

4. El Derecho a la Participación.

La reconciliación en la sociedad y los derechos de la persona exigen que los individuos cumplan una función efectiva en la formación de su propio destino. Tienen derecho a participar en el proceso político con libertad y responsabilidad. Tienen derecho al libre acceso a la información, a la libertad de palabra y de prensa, como también derecho a disentir. Tienen derecho a ser educados y a elegir la educación de sus hijos. Individuos y

grupos deben gozar de seguridad ante el arresto, la tortura y la presión por razones políticas e ideológicas, y todos en la sociedad, incluso los trabajadores migrantes, deben tener la garantía de la protección jurídica de sus derechos personales, sociales, culturales y políticos. Condenamos la negación o limitación de los derechos humanos por causa de la raza. Requerimos que las naciones y grupos en conflicto procuren la reconciliación suspendiendo la persecución de otros y concediendo la amnistía, signada por la benevolencia y la equidad, a los prisioneros políticos y a los exiliados.

5. El Derecho a la Libertad Religiosa.

Este derecho refleja de manera única la dignidad de la persona, como se la conoce por la palabra de Dios y la misma razón. Es hoy negado o restringido por diversos sistemas políticos de modo que se impide el culto, la educación religiosa y la acción social. Hacemos un llamamiento a todos los gobiernos, no sólo para que reconozcan de palabra el derecho a la libertad religiosa, sino para que lo promuevan de hecho, para que eliminen cualquier tipo de discriminación y concedan a todos, independientemente de sus convicciones religiosas, los plenos derechos y oportunidades propios de los ciudadanos.

II. HACER UNA IGLESIA QUE SEA SIGNO DE LA SOLIDARIDAD ENTRE LOS PUEBLOS.

Al celebrar el Año Santo de renovación y reconciliación, recordando el gran año del perdón (Lev 25) y el don y poder de reconciliación que Cristo nos ofrece (Lc 4,16-19, Ef 2,13-17), volvemos a afirmar que la

Iglesia debe procurar ser signo y fuente de la esperanza: la Iglesia debe ser hoy signo y fuente de reconciliación entre todos los pueblos. El hombre tiene derecho a la esperanza. Por eso, ella ofrece el perdón a todos los que la han perseguido, desafían y enfrentan. Reclamamos finalmente de cada persona que reconozca la responsabilidad que él o ella tienen en conciencia por los derechos de todos. Iluminados en nuestra comprensión de la evangelización y reforzados en nuestro compromiso de proclamar la Buena Noticia, afirmamos nuestra determinación de promover los Derechos Humanos y la reconciliación universalmente en la Iglesia y en el mundo de hoy.

ANEXO

MIEMBROS DE LA TERCERA ASAMBLEA GENERAL DEL SINODO
DE LOS OBISPOS CITADOS EN EL TEXTO.

I. AFRICA

Africa Meridional	Mons. Joseph P. Fitzgerald, arzobispo de Bloemfontein.
Africa Septentrional	Cardenal León Etienne Duval, arzobispo de Argel.
Etiopía	Mons. Paulos Tzadua, obispo auxiliar de Addis Abeba.
Gabón	Mons. André Anguilé, arzobispo de Libreville.
Lesotho	Mons. Alfonso Morapeli, arzobispo de Maseru.
Mozambique	Mons. Luis Gonzaga Ferreira Da Silva, obispo de Vila Cabral.
Nigeria	Mons. Yariyok Jatau, arzobispo coadjutor de Kaduna. Mons. Alaba Adeosin Job, vicario capitular de Ibadán.
República Centroafricana	Mons. Antonio Maanicus, obispo de Bangassou.
Ruanda-Burundi	Mons. Juan Gahamanyi, obispo de Butare.
Senegal-Mauritania	Mons. Hyacinthe Thiandoum, arzobispo de Dakar.
Sudán	Mons. Ireneo Wien Dod, vicario apostólico de Wau.

Tanzania

Mons. James Sangu, obispo de Mbeya.
 Mons. Christopher Mwoleka, obispo de Rulenge.

Zaire

Mons. Francisco Kabangu, obispo de Luebo.

II. AMERICA

Antillas

Mons. Samuel Carter, arzobispo de Kingston, en Jamaica.

Argentina
 Brasil

Mons. Eduardo Pironio, obispo Mar del Plata.
 Card. Avelar Brandao Vilela, arzobispo de Sao Salvador de Bahía.

Cardenal Paulo Evaristo Arns, arzobispo de Sao Paulo.

Mons. Helder Camara, arzobispo de Olinda y Recife. Tb. Lucas Moreira Neves.

Canadá
 Colombia
 Chile

Mons. Gerald Carter, obispo de London.
 Mons. Alfonso López, obispo aux. de Bogotá.
 Mons. Sergio Contreras, obispo aux. Concepción.

Ecuador
 El Salvador

Cardenal Pablo Muñoz, arzobispo de Quito.
 Mons. Arturo Rivera, obispo aux. San Salvador.

México

Mons. Manuel Castro, arzobispo de Yucatán.
 Mons. Manuel Samaniego, obispo Ciudad Altamirano.

Paraguay
 Perú

Mons. Felipe Benítez, obispo de Villarrica.
 Mons. Germán Schmitz, obispo aux. de Lima.
 Mons. Ricardo Durand, arzobispo de Cuzco.

Rep. Dominicana

Mons. Octavio Beras, arzobispo Santo Domingo.

III. ASIA

Bangladesh
Corea del Sur
Filipinas
India

Mons. Miguel Rozario, obispo de Dinajpur.
Cardenal Sou Hwan Kim, arzobispo de Seúl.
Cardenal Julio Rosales, arzobispo de Cebú.
Mons. José Sánchez, obispo coadj. de Lucena.
Mons. Angelo Fernandes, arzobispo de Delhi.
Mons. Trevor Picachy, arzobispo de Calcuta.
Mons. Francisco Hadisumarta, obispo de Malang.

Indonesia

Laos-Republ. Khmère
Pakistán

Mons. Juan Pedro Urkia, vicario apost. Paksé.
Cardenal Joseph Cordeiro, arzobispo de Karachi.

Siria

Patriarca Máximos Hakim, de Antioquía.

Tailandia

Mons. Michai Kitbunchu, arzobispo de Bangkok.

IV. EUROPA

España

Card. Vicente Enrique y Tarancón, arzobispo de Madrid-Alcalá.

Grecia

Mons. Antonio Varthalitis, arzobispo de Corfú, Zante y Cefalonia.

Portugal

Cardenal Antonio Ribeiro, patriarca de Lisboa.

SOLIDARIDAD:
Mensaje del Pueblo de Dios, entre los pueblos del Tercer Mundo.



